

Lo que sea de cada quien Juan Zurita, el ídolo

Vicente Leñero

Abril de 1945. En la casa, en la escuela, en todo México, no se hablaba de otra cosa que no fuera Juan Zurita: el primer boxeador mexicano ganador de un título mundial: el de los pesos ligeros obtenido al vencer al gringo Sammy Angott el 8 de agosto de 1944.

Ahora, el próximo sábado 18, Zurita iba a defender por vez primera ese título ante otro gringo: un negrito llamado Ike Williams que “no le va a durar ni para el arranque”, decían mis compañeros de primaria. “Lo va a hacer papilla”, completé yo porque mi padre nos había garantizado que nunca existió en México un peleador tan buenísimo como el veracruzano Juan Zurita. Lo hice mi ídolo de inmediato. Cuando el profesor de Sexto B nos dejó una tarea de dibujo con tema libre, yo traté de ilustrar a colores, en mi block de cartulina, un ring de box donde un negro pelón recibía en pleno rostro el derecho brutal de aquel monigote que representaba a Zurita. No quedó tan mal el dibujo, me pusieron nueve.

Llegó por fin el sábado 18, y era tanta la expectación por aquella pelea que el célebre promotor George Parnassus consiguió que se efectuara —por primera vez en la historia del box mexicano— en la plaza de toros La Condesa, ahí donde ahora se encuentra El Palacio de Hierro de Durango.

Como mi padre no consiguió boletos ni en la reventa, organizó en la sala de nuestra casa su propio coliseo. Invitó a mis tíos Alberto y Fernando, preparó una cena de fritangas, cerveza y refrescos, y toda la familia nos reunimos en torno al gran aparato de radio para escuchar e imaginar (a falta de la aún inexistente televisión) la pelea del siglo.

Luego de los aburridos combates preliminares del apretado programa, Toño An-



Juan Zurita

dere, cronista estrella de la *w*, anunció el acontecimiento estelar. Con qué precisión y con qué entusiasmo narraba Andere el manicomio de la plaza de toros convertida en coliseo. Tenía cupo para veinte mil espectadores pero había más de treinta mil eufóricos gritando ¡Zurita!, ¡Zurita!, ondeando banderas nacionales, desatando la escandalera cuando nuestro campeón subió al ring con bata tricolor y le encasquetaron un sombrero de charro. Sonaban mariachis, porras; la escandalera.

¡Va por México!, dijo Zurita frente a un micrófono de ring side, y luego del ritual de las presentaciones —silbidos y mentadas de madre para Ike Williams— se abrió el hueco de un profundo silencio que permitió escuchar la campana para el primer round.

Como el combate era a quince episodios, los púgiles se hicieron guajes durante los primeros tres minutos. Fintas, jabs al aire —narraba Toño Andere—: se están midiendo.

—Cuánto a que Zurita lo tumba en el quinto —dijo mi padre, pero ni tío Fernando ni tío Alberto le casaron la apuesta.

Creció la expectación y la gritería cuando el primer round se fue inédito, pero al

sonar la campana para el segundo, Toño Andere narró que el negro Ike Williams había salido de su esquina como un bólido hacia Zurita, y en el centro del ring, antes de que nuestro campeón lograra mover la cabeza o levantar la guardia, antes de que el público distraído se desentendiera de la bolsa de pepitas, el maldito negro, el alevoso retador, el aguafiestas del espectáculo alcanzó con un izquierdazo como de piedra la mandíbula del ídolo de todo México. ¡Y cata-plum!

Ni Toño Andere ni el público que repletaba La Condesa lo podían creer: Zurita tocado, Zurita cayendo, cayendo, Zurita azotándose como un costal de huesos en la lona.

—¡Pero qué pasa!, ¡qué pasa! —se agitaba y gritaba Toño Andere; mi padre lanzado hacia el aparato de radio, tío Alberto agarrándose la calva, tío Fernando soltando la cerveza sobre la alfombra.

Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos...

¡Nocaut!

—¡Nocaut! —gritó Toño Andere.

Nocaut fulminante a los veinte segundos del segundo round. Juan Zurita noqueado. Juan Zurita, el ídolo de mi infancia, asesinado en la lona: hundido en el agujero profundo de la derrota.

Me di la vuelta y corrí a mi cuarto. Lloré. Lloré. Y ahí prometí nunca más —¡pero nunca más!— confiar e ilusionarme por el mediocre deporte mexicano inflado por nuestras fantasías y por la publicidad.

(Esa misma noche, Juan Zurita se retiró definitivamente del box. Puso un negocio de artículos para cocinas en el centro de la ciudad. Murió de alzheimer a los ochenta y tres años. Ni quien se acuerde de él). **U**